

# Don Bosco te escribe... y se presenta

Turín, 16 de agosto de 2010

Muy queridos amigos: en mis tiempos, como en los de ustedes, había descubrimientos sorprendentes. Hoy, Internet los lleva de sorpresa en sorpresa. En mis tiempos, yo quedé gratamente maravillado cuando supe que era posible que una imagen quedase estampada en el papel: se trataba de la fotografía y me dejó fascinado.



En 1861 me ofrecieron sacarme una foto. Yo no me opuse. Al contrario, lo pensé bien. ¿Cómo quería ser recordado en el futuro? Pues, entre los jóvenes y confesando. Preparamos bien la escena. Debíamos posar ante el fotógrafo cubierto con un paño y la máquina. Quise estar rodeado de jóvenes. Y uno de ellos, Pablo Álbera, junto a mí, Pero no en el templo ni en el confesionario, sino en el patio. Yo confesaba en todos lados: en el patio, en la dirección, en el tren y en los viajes Y quise que me reconocieran así: Don Bosco confesor.

Te sorprenderá el recibir esta carta, sobre todo porque, quizás, no me conozcas demasiado, pero te sorprenderá más aún si te digo que yo te conozco y te quiero. A mí me sucede algo especial: basta que me encuentre con alguien joven, para que enseguida simpatice con él.

Nací un 16 de agosto eso sí, hace unos cuantos años, en 1815, en un pueblito de Italia sin importancia, pero lindísimo. Nada que ver con la ciudad. Allá uno respiraba aire tan puro que entraba dentro de uno como una flecha y te llenaba todo de alegría. Con sólo mirar las colinas desde mi casa me sentía libre como un mirlo.

El silencio del campo me permitía escuchar cosas hermosísimas y, durante el calor del verano, bajo el fresco de los árboles, descansar, mirar más allá del horizonte y soñar, eran una misma cosa.

Hay cosas de mi niñez que las recuerdo muy bien: mi casa pobre, por ejemplo, pero limpia; mis hermanos, la muerte de mi padre joven y, por supuesto, mi madre. Ella se las arregló para darnos de comer y vestirnos. Ella era muy creyente. Eso la salvó.

Siempre decía que no hay que desesperar, que hay que confiar en el Señor y que El nos quiere mucho, que él nos mira y nos cuida como nuestro papá y que, aunque no veíamos, sentíamos su presencia que nos daba fuerzas.

Nos enseñó a trabajar, a rezar, a ayudar a los demás, a pensar bien de todos y, siempre a disculpar.

En fin, nos daba esos buenos consejos que toda mamá sabe dar. Su misma vida fue un gran consejo. Me atrevería a decirte que en el mundo hay muchas buenas mamás, pero como la mía, que se llamaba Margarita, lo dudo.

Pero sigamos adelante. Aunque me gustaba el campo, yo quería estudiar. Pensaba que la vida es algo más que cuidar animales y cultivar el campo. Pero eso era difícil. En casa no había dinero y mi hermano no quería ni oír hablar del tema.

Entonces, había que rebuscárselas. Si fuera necesario, mendigaría. Si la escuela quedaba lejos, sería lo de menos, y aunque hiciera frío, no faltaría jamás. Si debía trabajar para mantenerme, no dudaría de hacer ambas cosas.

Lo que yo tenía claro era que debía tirar para adelante. Siempre supe hacia dónde, pero, a veces, no sabía cómo, aunque las circunstancias me lo iban señalando.

Fue así que aprendí herrería, me animé a cortar telas y coser, sastré, que le dicen. Durante un tiempo fui mozo en un bar. Eso estuvo buenísimo, ya que servir me gustaba mucho.

Comencé a estudiar. Tenía quince años y mis compañeros unos diez u once. Grandote, con el pantalón y el saco medio "justeli", ya que no tenía otros para ponerme y mis zapatos de madera que hacían un ruido bárbaro al caminar, estaba cantado que me gozarían.



Dicho y hecho, bastó que entrara a clase para que comenzaran. Me llamaban el "vaquero", no por el "jean", ya que en ese tiempo no se conocían, sino porque venía del campo. ¡Qué se le va a hacer! Yo me la bancaba.

Con todo, poco a poco, me fui ganando amigos. Amigos de los buenos, porque siempre me acordaba de lo que decía mi mamá: "¡Ojo con las compañías!" En los ratos libres nos divertíamos un montón

¿Te cuento una? Ahí va. Había un señor, un poco agrandado; creía que se las sabía todas. "Que soy el que más corro, a mí nadie me ganaba saltando..." y cosas por el estilo. A los chicos no se les ocurrió nada mejor que mandarme al frente y así comenzaron los desafíos. Corrimos y gané. Saltamos, y aunque raspando, también le gané.

A esta altura del partido el tipo estaba con una bronca que ni te cuento, pero rendirse, ¡jamás! Peor aún, sacando la poca plata que tenía, no dudó en apostarla toda.

Nosotros, agrandadísimos, aceptamos y, por supuesto, ganamos. Tendrías que ver la cara del pobre tipo, de la bronca.

Al final nos dio lástima, y como con estos amigos ya formábamos una especie de grupo, decidimos devolverle lo que había perdido, previo pago de una comida para todos, a la que por supuesto lo invitamos a él. Resultado: nos quedamos con la mejor parte, ya que para nosotros lo importante no era ganar, sino jugar.

La verdad es que yo siempre fui bueno para los deportes. El Señor me había dado un cuerpo fuerte y ágil. Si no me falla la memoria, creo que hasta los cincuenta y pico les jugaba carreras a los chicos en el patio grande de mi casa. Ellos intentaban agarrarme, algunos alcanzaban a tirarme la sotana, que, ¡menos mal que era fuerte!, pero yo siempre les ganaba.

Muchas veces, cuando veía correr y saltar a los chicos, decía: "si Dios es luz y vive dentro de nuestro corazón, ¿por qué nuestro rostro no resplandece, nuestros ojos no iluminan y nuestras manos no irradian luz?" Locuras que a uno se le ocurre, ¿no?

Pero estas cosas no son anécdotas. Lo más importante es que lo que quise ser, lo logré. Quise estudiar, y estudié. Me di cuenta que el Señor me llamaba a ser sacerdote, y no dudé en serlo.

Eso sí, un sacerdote sencillo, cercano a todos, para llevar a todos por el camino hacia el Buen Dios. Un cura las veinticuatro horas del día. Me repetía una y mil veces que de ahora en adelante mi cédula de identidad, mi carta de presentación sería siempre “sacerdote”.

En esa época en la ciudad los chicos daban vueltas por todas partes. Se pasaban horas enteras charlando y planeando cosas no tan fáciles de contar y creer.

A veces, me parecía que sus miradas estaban llenas de odio, pero en realidad, no era de odio, sino de miedo. Se descubría fácilmente que el mal se había apoderado de ellos, les quitaba el entusiasmo, las ganas de hacer cosas, el gusto por lo bueno.

Nada los alegraba, no creían en nada ni en nadie. De vez en cuando, si sonreían, esa sonrisa no tenía nada que ver con la verdadera alegría. Muchas veces había visto, cuando vivía en el campo, los ciruelos llenos de flores. No eran ciruelas, pero prometían serlo cuando llegara el tiempo justo. Eso sí, había que cuidarlos de los vientos y las heladas.



Algo así veía en los chicos. Árboles cargados de flores, con posibilidades hermosas en el futuro, pero destrozados por un ambiente que les impedía madurar y dar frutos.

Para colmo eran tiempos difíciles. No había trabajo. Aunque la enseñanza era obligatoria y gratuita, muy poquitos iban a la escuela. La sociedad no ayudaba para nada.

¡Pobres chicos!, decía, ¡si tuviera un pedazo de pan, no dudaría en compartirlo!, ¡si tuviera un corazón grande como las arenas del mar, no dudaría en entregárselo a ellos! Verlos así, me hacía mucho mal.

Hasta la comida me caía mal. Parecía que el único plato de comida que me caería bien sería verlos bien a ellos.

Una vez, hasta llegué a desmayarme al ver a un chico en tan mal estado. Quería hacer algo por ellos, trabajar para ellos, ser bueno para ellos. Que llegaran a decir “si Don Bosco es tan bueno con nosotros, cómo lo será el Señor a quien quiere que conozcamos”.

Yo sentía que ellos me miraban como pidiéndome ayuda. Su mirada me acompañaba noche y día. A veces, ni podía dormir y, si dormía, en mis sueños aparecían ellos. Tengo que aclararle que en mi vida he tenido muchos sueños, pero la mayoría de ellos, los he tenido despiertos.

En medio de tantas tristezas, el Señor, a quien siempre recurrí y siempre me escuchó, no tardó en hacerme ver el camino que debía tomar.

Te cuento una más. Vale la pena.

Un día iba a rezar la misa. Era un 8 de diciembre. Esa fecha no me la olvidé jamás. Me encontré con un chico que se llamaba Bartolomé. Y charlando, charlando, me di cuenta de que este chico era un pobre chico. No tenía familia, no iba a la escuela, no pisaba una iglesia ni ahí y de su rostro joven, la alegría había huido como las perdices del campo.

No sé si es verdad o una simple ilusión, pero me pareció, mientras charlaba, que detrás de su rostro había muchos otros más.

A lo mejor te parece una exageración, pero a mí me parecían miles. Algunas caras me eran conocidas, otras, no tanto, y algunas, para nada. No sería difícil que te haya visto a vos también.

Me pareció, también, ver sobre tantas cabezas pequeñas llamitas, que se rompían todas por seguir encendidas. Eso no lo entendí, pero no me hice ningún drama, ya que por experiencia sabía que con el tiempo lo iba a entender.

¿Qué me quedó claro en ese momento? Lo mejor. Mi vida tendría que ser como una gran casa donde todos pudieran sentirse bien. O una gran parroquia para estos chicos sin parroquia, para que aprendieran a conocer y estar en paz con Dios. O una escuela, que enseñe de todo, pero sobre todo a vivir. O un gran patio grande donde los ciruelos puedan rendir frutos alegres. O todo eso junto. Para siempre. Me dije desde ese momento, que agregaría algo más en mi cédula; sería, de ahora en adelante, un sacerdote que quiere bien a los muchachos, cuanto más pobres mejor.



Una vez escuché decir a mi madre que si uno reza, de dos granos salen cuatro espigas, y que si no reza, de cuatro granos salen dos espigas; por eso, le dije a Bartolomé “ven, recemos un ave María con mucha fe”.

Y como siempre una buena oración debe terminar con un compromiso, le dije a la Virgen: “Dile al Señor que hasta mi último suspiro lo voy a entregar por los chicos”.

Lo que vino después de ese Ave María es larguísimo de contar. Si quisiera que te lo escribiera te aseguro que no alcanzarían ni veinte volúmenes de mil páginas cada uno.

Me tocó, como a cualquiera, vivir de todo: muchos sufrimientos, pero no asusta a nadie porque cualquiera entiende que el sufrir es parte de la vida; y también alegrías, por supuesto, y algunas tan hermosas que de sólo pensar en ellas, me dan ganas de llorar.

Trabajé mucho, mucho para conseguir el pan, para ampliar mi casa con grandes talleres, estudios, salas de canto, imprentas... trabajé mucho para que los chicos llegaran a ser ciudadanos del cielo comenzando por ser buenos cristianos en la tierra.

Cuando me sentí solo y cansado, me llevé una grata sorpresa: los chicos comenzaron a ayudarme. Y los más atrevidos me decían: “Don Bosco, ¡nos quedamos con vos!” Yo estaba loco de contento.

Llegamos a ser tantos, que tuvimos que repartirnos en varias casas, algunas cerca, otras lejos. Lo más lindo era que estar en cualquier casa era lo mismo. En todas, rostros alegres, corazones en la mano, brazos arremangados.

Con todo esto, yo me fui animando. Algunos me creían medio loco, pero ellos no entendían nada, se creían que era a mí al que se le ocurría hacer tales cosas y no se daban cuenta que era el Señor, yo sólo lo seguía.

La vejez me encontró muy gastado. Pero por dentro, yo me sentía joven. Al poder moverme menos, tenía largos momentos para pensar y revisar mi vida. Me acordaba de mi pueblo y de los sueños bajo los árboles. Eso me hacía sentir muy bien.

Había leído que un hombre realizado es aquel que ha logrado cumplir los sueños de su juventud. Si eso es verdad, yo a mis 72 años me sentía realizado y feliz.

Algunos me decían que era un santo, incluso que hacía milagros... nada que ver. ¿Yo hacer milagros? Que no alcanzaba el pan y después sí... ¡qué problema hay, si es el Señor quien nos alimenta! Si no alcanzan las hostias para robustecer el corazón de los chicos y después sobran... no sé dónde está lo milagroso ¿cómo el Señor va a negar la Eucaristía a los chicos? Me pregunto por qué le cuesta a la gente entender que no hay cosa más natural que lo sobrenatural.

El 31 de enero de 1888 dicen que morí. Es un decir. Yo lo desmiento. Mi carta es prueba de ello. Que cambié de casa, eso sí. Y en mi casa nueva y definitiva voy recibiendo a los que van llegando, para festejar como en los buenos tiempos la fiesta de María Auxiliadora, como acostumbramos con cantos y guitarras.

Ya termino. Espero que estas líneas hayan llegado a tiempo y servido para conocernos mejor.



Hace un rato te contaba lo de las llamitas. Ahora que estoy más tranquilo he entendido qué significaban. Te lo dejo como recuerdo.

Ahí va. Nosotros, cada persona, por más mala que sea o por más líos que tenga, lleva dentro de sí, pequeña y escondida, una llamita, ésa es su esperanza, su alegría y su salvación, el secreto de su realización y felicidad.

Descubrirla, alentarla, hacerla crecer y no dejarla morir, es la tarea esencial.

Yo tuve la mía, vos tenés la tuya. Todos la tenemos. Tenés que defenderla a cualquier precio. Tenemos que ayudarnos entre todos a descubrirla y a conservarla. ¿Que eso supone muchas piedras en el camino? No hay problema, el Señor nos ayuda. ¿Que a veces hay tanta oscuridad que no sabemos dónde ir?, el Señor nos ilumina. ¿Que nuestros pecados nos atan y esclavizan?, el Señor nos libera.

¡Animate! Vale la pena recorrer los caminos que Dios nos tiene preparados. Estar en un grupo que funciona en una Casa Salesiana ya es una ayuda, además nadie viene aquí por casualidad. Me contó la Virgen que ella es la que te trae y protege.

*Juan Bosco.  
Sacerdote.*